

BENITO I MONCLÚS, Pere; RIERA I MELIS, Antoni (coords.), *Guerra y carestía en la Europa medieval*, Lleida, ed. Milenio, 2014, 219 pp. [Col. Crisis en la Edad Media, 2] ISBN 978-84-9743-653-3.

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.18.2017.293-295>

Esta obra coral deriva de bien nutridos proyectos de investigación. Cuenta con dos introducciones y se divide en dos partes. Aunque el lector puede dividirla en tres. Pues las introducciones configuran una primera y más general, con acusada voluntad conceptual y visión histórica a largo plazo. Las otras dos partes, tratan de temas muy específicos y en ellas predominan espacios concretos y perspectivas coyunturales.

A la presentación de los coordinadores (p. 7), siguen los estudios introductorios de L. Palermo (“Carestia, guerra e mercato nelle cronache medievali”, p. 19) y F. García Fitz (“Más fuerte que la espada”. El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval”, p. 35). La parte dedicada a “El hambre como arma de guerra”, incluye trabajos de A. Fara (“L’impatto delle invasioni mongole nelle terre ungheresi: la guerra e la carestía attraverso il ‘Carmen miserabile’ di Ruggero di Puglia (1244)”, p. 65); Ph. Slavin (“Ecology, Warfare and Famine in the Early fourteenth-Century British Islans: A Small Prolegomenon to a Big Topic”, p. 87); Guilhem Ferrand, (“Guerre et problèmes alimentaires en France méridionale à la fin du Moyen Âge”, p. 103); Maria Teresa Ferrer i Mallol, “Els efectes de la guerra dels dos Peres (1356-1369). Abastament i fam a la governació d’Oriola”, p. 129); y Carles Puigferrat i Oliva, (“El pas de les companyies de Jaume de Mallorca per la vegueria d’Osona durant la fam de 1374-1376”, p. 149). Los artículos restantes conforman la parte dedicada a “Guerra, abastecimiento y mercados alimentarios”; se deben a Fabio Bargigia (“Il vettovagliamento degli eserciti nell’Italia delle città (secoli XI-XIV)”, p. 165); Pol Serrahima i Balius (“Wheat Provisioning in Barcelona during the Catalan Civil War (1462-1472). Markets and Institutional Response”, p. 179); y R. A. Banegas López, “‘Per no poder haver bestiar de les parts hon lo solien haver per causa dels inimichs’. L’abastament de carn a Barcelona durant la guerra civil catalana (1462-1472)”, p. 207.

¿Cómo se sitúa dentro de su historiografía? Si las introducciones evocan a Vegecio, antiguo nombre ilustre, los coordinadores valoran que los problemas del libro han preocupado más a la historia militar que a la historia económica: y recientemente, más que a la historia propiamente dicha, a la escuela de “economía del desarrollo” (como enfatiza Serrahima refiriéndose a Amartya Sen y los estudios subalternos). Pero no faltan matices. Slavin recuerda a estudiosos de la historia política y cultural como Strayer, Miskimin y Herlihy, en tanto Ferrand señala la

aportación de los especialistas franceses de historia económica y social; pero anota el relativo vacío que se ha producido entre la época de las grandes “tesis de estado” y el último decenio, cuando obras como ésta reflejan su resurgir –tal vez más familiarizado con los métodos de las ciencias sociales.

Los estudios ofrecen una variedad de objetos. Los de Palermo, García Fitz y Ferrer recuerdan aspectos característicos de la producción de sus autores; otros, como Fara, ya habían examinado la fuente que presentan desde un punto de vista general. Para los terceros, se trata de un proyecto de futuro (como declara Slavin); y por último, hay detalladas presentaciones de casos catalanes. Correlativamente, los autores ponen a prueba una variedad de fuentes desde perspectivas distintas. El uso de fuentes literarias distingue a Palermo, García Fitz y Fara. Fuentes normativas son utilizadas por Bargigia para enmarcar el avituallamiento de los ejércitos comunales y por Serrahima para reconstruir las tablas de precios de Barcelona. Las fuentes contables sirven a Slavin para comparar los monasterios del norte y del sur de Inglaterra, y a Ferrand para contrastar la estabilidad de las rentas y la atonía comercial en el sur de Francia.

Ya se ha adelantado el predominio de las visiones coyunturales que remiten a contiendas concretas, ya sea la invasión de Hungría por los tártaros de 1242, la Guerra de los dos Pedros en los años 1360, la entrada de Jaime IV de Mallorca en Cataluña (en medio de la hambruna de 1374- 1376), o la guerra civil de 1462-72 en Barcelona. Entre los espacios, resaltan las fronteras. Una frontera ofensiva o defensiva, que contrapone en el siglo XIII a la Castilla de García Fitz con la Hungría de Fara. O las diversas fronteras del reino inglés de Slavin, entre las que prevalece la anglo-escocesa. También se destaca el Mediterráneo: un área especial del comercio de granos, adaptada a circunstancias agobiantes

Desde una perspectiva conceptual, y como parece obvio, las definiciones de carestía ocupan un sitio central. Si Palermo la plantea como la oferta de productos caros, sobre todo en el terreno alimenticio, Fara asimila carestía y carencia; en cambio, Slavin señala que la escasez se relaciona con lo que Adam Smith llamó “el derroche de la guerra”, y procura subrayar el significado de la ecología (lo que afecta al ganado) y lo institucional (para el caso, de la guerra como destrucción). Complementándose, García Fitz destaca el hambre como factor condicionante de la guerra y Ferrer habla de las carestías como estrategias para anular la iniciativa enemiga. Con notable claridad, Serrahima plantea otras cuestiones generales: “las posibles consecuencias de una guerra sobre el aprovisionamiento urbano de cereales, y la acción institucional para hacerles frente”, considerando que “la guerra es en un interesante escenario para valorar los efectos de quiebras de la producción, los colapsos de las infraestructuras, y los repentinos aumentos de la demanda en una ciudad, del mismo modo que para observar los límites de la capacidad de respuesta de los mercados y de las instituciones a tales retos” (p. 180). Pero es ilustrativo subrayar, con Puigferrat, la perspicacia del cura de Taradell al calcular lo que había

perdido al no poder vender sus reservas de grano cuando valían cuatro veces su precio habitual...

Inciendo en los comportamientos propios de las guerras, el libro distingue dos aspectos. El núcleo del primero contrasta la destrucción y el desvío de recursos, tanto los del enemigo como los propios, todo lo cual genera intensos sentimientos de miedo en la población. García Fitz precisa que se destruye cuando hay que desgastar, y que se desvía cuando se trata de conquistar (lo que conlleva pactos con los habitantes del territorio). Los combatientes se abaten sobre el ganado y sobre el grano. Las requisiciones son practicadas por todos sobre amigos y contrarios, y se destruye selectivamente. Para Ferrand, no se destruyen los recursos sino las instalaciones, pero Ferrer habla tanto de talas sistemáticas como del arruinamiento de las acequias. Curiosamente, la extorsión ha jugado un papel amortiguador, pues se paga a los hombres de armas para evitar los asaltos. En un sentido distinto, hubo ejércitos entre los descritos por Bargigia que poseían su propio tren de avituallamiento y su mercado militar, lo que les evitaba vivir sobre el terreno.

El segundo gran aspecto de los comportamientos plantea la capacidad de las sociedades para gestionar las carestías de esta naturaleza. Esto, que enlaza con puntos anteriores, habla de la necesidad de guardar en los castillos y lugares fortificados las reservas de grano y vino; pero también refleja la falta de ayuda de los poderes superiores a las atribuladas comunidades. En el sur de Francia, la protección se procuraba a base de ceder espacios comunales, de favorecer los almacenes colectivos, y de suspender las ferias. Con todo, se improvisó más que se previó, e intereses miopes se combinaron con problemas impredecibles: hubo tantas malas cosechas, como actitudes parecidas a las cortes de Valencia, contrarias a reducir impuestos en las zonas afectadas por la guerra. Por eso no es extraño que las gentes se volvieran contra sus conductores, como muestra la resistencia campesina a los agentes que intentaban hacer cumplir las órdenes del rey (Osona, 1374), o la Barcelona de un siglo después, atrapada en una compleja situación donde la *Generalitat* tenía poco poder real, no hubo coordinación posible entre las ciudades, y las corporaciones gremiales se enfrentaron.

El libro aconseja tener al lado diccionario(s), pues los artículos se presentan en cinco lenguas. También aconseja un buen atlas histórico, por sus muchos escenarios grandes y menudos. Pero sobre todo es una obra concebida sabiamente, formada por piezas bien construidas, y rica en sugerencias. No es la menor de ellas una galería de personajes dignos de estudio, como Ruggero di Puglia, Jaime IV de Mallorca, o los carniceros Rabois y Citjar.

PASCUAL MARTÍNEZ SOPENA
Universidad de Valladolid
sopena@fyl.uva.es